

PRIMERA PARTE

EL DESIERTO DENTRO DE NOSOTROS Y EN NUESTRO ALREDEDOR

Cómo la revolución urbano-industrial ha generado un entorno artificial y qué estilo de política y de conciencia se sigue de tal entorno.

*Ciudad irreal,
bajo la parda niebla de un amanecer de invierno
una multitud fluye sobre el puente de Londres, tantos,
yo no había pensado que la muerte hubiera destruido a tantos.*

T. S. Eliot

CAPÍTULO I

EL ENTORNO ARTIFICIAL

He aquí la vasta, salvaje, bramante madre nuestra, Naturaleza, que se extiende a nuestro alrededor, con tal belleza y tal afecto por sus hijos, como el leopardo; y, sin embargo, fuimos destetados tan pronto de sus pechos para ser llevados a la sociedad, a esta cultura que consiste exclusivamente en la interacción entre ser humano y ser humano –una especie de auto-crianza que produce... una civilización destinada a tener un rápido final.¹

Henry David Thoreau

LA HUIDA DE LO PRIMITIVO

Para el hombre y la mujer corrientes, enredados en la actividad y complicación del modo de vida de una sociedad altamente industrializada, se requiere, sin duda, un supremo ejercicio de imaginación para entender cómo sus tecnológicamente primitivos antepasados de cien siglos atrás, pudieron siquiera sobrevivir, y, no digamos, sobrevivir con un cierto grado de dignidad. Para la mayor parte de nosotros, la productividad, comodidad y eficiencia de nuestra economía industrial —ya sea como ahora es, o, como creemos confiadamente que pronto va a llegar a ser— forman parte indispensable de nuestra concepción de la condición humana. Sin ellas, nuestra salud, nuestra seguridad, las esperanzas y aspiraciones que nos sostienen, en realidad el sentido mismo de nuestra existencia, se pondría en peligro. Por eso, cuando intentamos concebir una vida dentro de un orden económico y técnico más simple, nos resulta en extremo difícil ver más allá de la inevitable aparente dureza de la condición de vida que nos veríamos obligados a sufrir. A medida que nuestra imaginación sustrae, un a una, las comodidades y

¹ Henry David Thoreau, de su ensayo *Walking and the Wild*, pág. 5.

** Escritor y poeta norteamericano (1817-1862). Sus obras principales son *Walden* (1847) que relata la vida de retiro en los bosques donde había vivido solo en una cabaña años antes; *La desobediencia civil* (1849) sobre los derechos civiles y los límites del poder del estado. Su

** Escritor y poeta norteamericano (1817-1862). Sus obras principales son *Walden* (1847) que relata la vida de retiro en los bosques donde había vivido solo en una cabaña años antes; *La desobediencia civil* (1849) sobre los derechos civiles y los límites del poder del estado. Su pensamiento ha ejercido una gran influencia en materia de defensa de la naturaleza y en los movimientos por los derechos civiles.

facilidades de la vida moderna, nos sentimos deslizar progresivamente hacia lo que solo podemos entender como una condición de vida “atrasada”, en la que parecería imposible que nadie se pudiera realizar completamente como ser humano.

Tan grande es la distancia tecnológica entre nuestro tiempo e, incluso, el más reciente pasado, que nos podemos sentir no poco desconcertados a la hora de entender cómo aquellos que vivieron en las grandes civilizaciones de la era preindustrial pudieron tolerar su dura existencia. Según los criterios que las Naciones Unidas aplican para medir estas cuestiones, la Atenas de la edad de oro y la China de la dinastía Tang eran lo que hoy llamaríamos “sociedades subdesarrolladas”, que escaparon, solo en sus estratos más aristocráticos, a una pobreza de vida no muy distinta de la de nuestros contemporáneos campesinos y la de las comunidades primitivas actuales. Y cuando nos detenemos a pensar en estas últimas —estos patéticos anacronismos culturales, que luchan por pervivir en medio de *nuestro mundo*, como otra de las tantas exhibiciones antropológicas—, el contraste entre su indigente estancamiento y nuestro superabundante dinamismo, parece confirmar a simple vista nuestra indiscutible superioridad.

Mientras es verdad que aquí y allí aparecen en la literatura y en la filosofía imágenes de un noble salvaje jovial y virtuoso en la arcadia desierta, el testimonio de la historia proclama, inequívocamente, cuál ha sido la actitud prevalente de la sociedad occidental con respecto a los pueblos primitivos. ¿Qué otra cosa han sido realmente para nosotros sino objeto de desprecio, a los que, con actitud altanera, hemos conducido a los más miserables márgenes de la existencia para allí ser masacrados, despojados a la fuerza de su cultura, oprimidos, o, en el mejor de los casos, confinados como animales en reservas bajo el pretexto de una indulgente protección o un estudio desapasionado? Pocos de entre los más benévolo antropólogos puede que vean algo de validez perdurable en los pueblos primitivos; pero para la mayor parte de ellos, el pasado miserable de la humanidad que aquellos encarnan, tiene solo un valor que lo justifique: sirvió para acercar a la especie humana, paso a paso, por medio de prueba y error, hasta el gran punto de “despegue” al que la ciencia y la tecnología pudo llegar para ser capaz de transformar maravillosa e irreversiblemente la tierra. J. Bronowski no hace sino repetir el veredicto de muerte sobre los primitivos de la sociedad urbano-industrial, cuando concluye:

han fracasado en la cultura: en hacerse una representación del universo lo bastante rica, lo bastante sutil; una representación con la que ellos pudieran operar y con la que pudieran vivir más allá del nivel de la edad de piedra. Han fracasado porque no crearon una visión madura de la naturaleza ni tampoco del hombre.²

² J. Bronowski, *Science and Human Values*, New York, Harper Torchbooks, 1965, p. 112. Pero para otras visiones sobre los primitivos menos distorsionadas por tan superficial etnocentrismo (y mucho más, según mi parecer), ver el excelente ensayo de Stanley Diamonds “Los estudios sobre los primitivos” en Ashley Montagu, ed., *The Concept of the Primitive*, New York, Free Press, 1968; la antología de Irvén DeVore y Richard B. Lee’s, *Man the Hunter*, New York, Aldine Publishing Co., 1969; y Dorothy Lee, *Freedom and Culture*, Englewood Cliffs, New Jersey, Pentice-Hall, 1959.

** Jacob Bronowski, (1908-1974), polaco de origen judío, nacionalizado inglés y profesor en EU donde murió. Sus intereses se extienden desde las matemáticas a la biología sobre las que tiene una

Estas palabras son las de un filósofo de la ciencia; hubieran podido ser igualmente las de cualquier suplemento dominical... del *Reader's Digest*... de la Cámara de Comercio local. Es uno de esos juicios autocomplacientes que las grandes mentes y las pequeñas también, pueden suscribir.

A pesar de las dudas que nuestros más pesimistas artistas e intelectuales pueden haber desarrollado a lo largo de las últimas pocas generaciones acerca de la idea de progreso, una persona corriente de nuestra época, convencida hasta la médula de la indiscutible justeza del modo de vida urbano-industrial, está inmerso en una visión del mundo que hace que nada le sea más impensable que la idea de que sus pre-modernos predecesores o contemporáneos puedan tener algo que enseñarle que sea humanamente valioso. A pesar de que el urbano-industrialismo no constituye sino la más pequeña fracción de la experiencia del ser humano sobre la tierra (quizá solo dos décimas del 1 por ciento, y limitada en su mayor parte a la sociedad occidental europea) es *esa cultura* solamente la que dicta a la mayoría de nosotros no solo cómo conviene vivir la vida, sino cómo tiene que ser vivida. Es el destino manifiesto de la humanidad. Porque ¿quién puede dudar seriamente que los genes de nuestro protoplasma están ahí para ser examinados minuciosamente y mejorados además, o, que la luna está ahí para ser conquistada por el ingenio tecnológico? Lo que equivale a decir que, por mucho que la ciencia haya revolucionado la vida del hombre y la mujer corrientes, apenas ha hecho que su pensamiento sea menos tercamente etno-céntrico que lo que fue en los días de los campamentos de caza del paleolítico.

EL IMPERATIVO URBANO-INDUSTRIAL

En la sociedad urbano-industrial existe un firme consenso acerca de lo que constituye el verdadero índice de nuestro progreso más allá de lo primitivo: el grado en que el entorno en el que habitamos se hace más artificial, bien sea por eliminación de lo original dado por la naturaleza, o por vía del control de las fuerzas de la naturaleza prediciéndolas y anticipándose a ellas.

Efectivamente, el entorno humano siempre tiene que tener un toque artificial en algún modo. Se puede decir que el espacio vital de los seres humanos está destinado a ser “naturalmente artificial”, en la medida en que éstos espontáneamente se rodean de artefactos e instituciones y de cautelosas y constantes deliberaciones acerca de su futuro. Los seres humanos inventan y planifican y decoran imaginativamente, y, el resultado es la cultura: una zona de protección, constituida por lo hecho por el ser humano y lo construido por él, que es para la humanidad el lugar propio donde habita, como lo es para las plantas y los animales residir en su esfera de tropismos, reflejos y respuestas instintivas. Pero, reconociendo la capacidad cultural de los seres humanos, no debemos ignorar el hecho de que *hay* un medio natural —el mundo de los vientos y las olas,

vasta producción de libros y artículos. Se hizo popular sobre todo por su obra, *The Ascent of Man* en la que recoge una serie de divulgación científica para la televisión (BBC). Traducción al español: *El ascenso del hombre*, traducción de Pedro Pacheco y prólogo de Richard Dawkins, edit. Capitán Swing.

de las bestias y las flores, del sol y las estrellas— y que los pueblos preindustriales vivieron durante milenios en estrecha compañía con ese mundo, luchando por armonizar las cosas y las ideas de propia creación con las fuerzas no humanas de ese mundo. El ritmo del día y la noche y el de las estaciones fue el primer reloj que los pueblos conocieron y fue, coordinando estos cambiantes y armónicos ciclos con su propio *tempo* fisiológico, como ellos distribuyeron sus actividades. Lo que comían era lo que habían matado o cultivado con sus propias manos, manchándolas con la sangre o la suciedad de su esfuerzo. Aprendían de la flora y la fauna que les rodeaba, conversaban con ellas, les daban culto, les ofrecían sacrificios. Estaban convencidos de que su destino estaba ligado íntimamente a estos amigos o enemigos no humanos, y en su cultura les hicieron espacio honrando sus peculiaridades.

Sería imposible exagerar la importancia que tuvo esta prolongada intimidad entre lo humano y lo no-humano en la evolución de la conciencia humana, aunque no es fácil caer en la cuenta de ello más allá del nivel verbal-cerebral. Desgraciadamente, esta pobre y desvirtuada palabra, “naturaleza”, que nosotros tenemos que usar para hablar del mundo no-humano, ha perdido su fuerza hasta llegar a significar para nosotros el objetivado reino de una mezcla heterogénea de cosas y hechos físicos que están fuera y son distintos de nosotros. Tendemos, por ejemplo, a pensar en la “poesía de la naturaleza” refiriéndonos a los poemas que hablan de narcisos o puestas de sol, un solo tema posible entre otros muchos, y, en este punto, más bien pasado de moda por sobradamente irrelevante para la moderna sociedad urbana. Olvidamos que la naturaleza es, simplemente, el *continuum* universal, incluidos nosotros mismos de forma inextricable; es aquello que nos trajo a la existencia, que sobrevivirá a nosotros y de lo cual nosotros hemos aprendido (si es que todavía recordamos su lección) nuestro destino. Es el espejo de nuestra identidad. Cualquier bien cultural que produzcamos que nos separe de esta tradicional y viva conexión con lo no-humano, cualquier modo de pensar que adoptemos que se aisle del medio natural o se coloque frente a él, es, estrictamente hablando, una ilusión, y bien enfermiza. No solo porque estará falta de sentido ecológico, sino porque, mucho peor todavía, carecerá de integridad psicológica. Será ignorante de la verdad más importante que el ser humano aprendió de su antigua intimidad con la naturaleza: la realidad del ser espiritual, con cuya pérdida y recuperación nos vamos a ocupar extensamente en los capítulos posteriores.

Hasta bien entrado el período industrial, el medio natural —aquello que no estaba hecho por el ser humano ni controlado por él— nunca estaba muy lejos del ámbito habitual de la vida diaria del ser humano. A lo largo de la mayor parte del pasado civilizado, incluso aquellos que vivían en el lugar de residencia más regulado, la ciudad, sabían que no muy lejos, fuera de los límites de la población, la vida salvaje y la foresta ejercían su dominio. Las murallas de la ciudad de la Europa medieval podían ser una buena defensa contra los lobos, pero eran inútiles contra las ratas portadoras de plagas, que podían, incluso en los tiempos del Renacimiento en Italia, sembrar el pánico en las poblaciones urbanas provocando éxodos masivos y llevando a la parálisis a las grandes ciudades. Dentro de la misma ciudad, hasta la llegada de las muy recientes estructuras sanitarias, la forma de vida conservaba mucho del maloliente olor a tierra de un pueblo rural, hasta un punto que sería intolerable incluso en muchos guetos americanos de hoy. La suciedad y la peste de los animales llenaban las calles, el hedor de la enfermedad, de la muerte y de los

deshechos humanos nunca faltaban. La Roma imperial, equipada con mejores estructuras sanitarias que muchas de las ciudades europeas del siglo dieciocho, todavía amontonaba los desechos muertos en los *carnaria* justo al otro lado del muro de la ciudad. En el Londres del Dr. Johnson³ uno podía tropezarse en sótanos y boardillas con los cuerpos putrefactos de pobres hambrientos; en las ciudades industriales inglesas hasta bien entrado el siglo diecinueve, los cerdos seguían siendo los mayores agentes de limpieza de las calles, y, en la Nueva York de esa época el ganado era conducido a través del distrito comercial para ser públicamente sacrificado y, en un incidente no tan antiguo como 1844, un ciudadano que había salido a dar un paseo por Bowery⁴ fue corneado hasta la muerte por un toro escapado del rebaño.

Nosotros nos sentimos legítimamente orgullosos por cualquiera de los éxitos que hemos obtenido en la eliminación de tales rudezas e incomodidades en nuestro medio. Pero olvidamos que, a la vez que estas aflicciones se mezclaban con la vida, incluso en el refugio de las ciudades, servían a la gente de constante aunque, a veces, doloroso recordatorio de su dependencia de las fuerzas de la naturaleza a las que no podrían nunca someter. En ese límite existencial donde la autosuficiencia humana cedía ante el inescrutable poder del entorno no-humano, el hombre y la mujer descubrieron la experiencia síquica de la contingencia que atribuyeron a la presencia de lo sagrado. El abrazo de la naturaleza puede haber sido con frecuencia rudo, incluso mortal, como cuando la naturaleza asumía el formidable rostro de Madre Kali⁵, pero, con todo, era un abrazo; encerrada en él, la humanidad encontró el sentido de los límites del ser humano que excluía por igual la arrogancia y la desalentadora convicción de la absurdidad del cosmos que obsesiona a la cultura contemporánea.

En nuestro tiempo, la oportunidad para vivir una vida completamente rodeada por lo hecho y controlado por el ser humano ha aumentado rápida y enormemente. Vamos camino de sufrir lo que puede llamarse, con razón, un cataclismo de urbanización. Fue solamente en 1850 cuando Inglaterra, la primera sociedad industrial, llegó a ser hasta un 50 por ciento urbana. Hoy, cerca del 40 por ciento del mundo en su conjunto vive en áreas urbanas; en otros quince años, la cifra aumentará a más del 50 por ciento. Dentro de otros cincuenta años, casi el cien por cien de la población mundial estará viviendo en ciudades de más de un millón de habitantes, con los más grandes conjuntos de megalópolis sumando bastante más

³ **Se trata de Samuel Johnson a quien se conoce simplemente como Dr. Johnson (1709-1784); poeta, ensayista, biógrafo, lexicógrafo, es una de las figuras literarias más importantes de Inglaterra y, después de Shakespeare, el autor más citado en lengua inglesa.

⁴ **Se trata de una famosa calle al sur de Manhattan en Nueva York. El origen de ese nombre significa "granja". En efecto, la actual avenida, con el mismo nombre, sigue el trazado de la antigua carretera que llevaba a una granja. En la época al que el autor se refiere (1844) ya constituía la arteria más importante de una zona comercial, con grandes mansiones, tabernas y teatros.

⁵ **Se trata de la diosa Madre en el hinduismo y una de las diosas más importantes. Es la "energía" del dios Shiva y una de sus consortes. Representaba el aspecto destructor de la divinidad. Pero en las corrientes tántricas más complejas se la considera como la "realidad última", "fuente del ser", y se la concibe más bien, como una bondadosa diosa madre.

de 1.000 millones de residentes⁶. Estas súper-ciudades serán la versión integrada de lo que hoy llamamos “extensión urbana”: una Bonywash que se extiende desde Boston pasando por Nueva York y Filadelfia hasta Washington; una San Difránangeles que corre hacia abajo por la costa del Pacífico desde San Francisco hasta San Diego.

Tal apresurada concentración —eso debería quedar claro—, no tiene nada que ver con la necesidad de la industria y poco que ver con la presión poblacional. Las plantas industriales, no condicionadas ya por las rígidas y voluminosas máquinas de vapor, hoy día pueden, fácilmente y con gran ventaja, ser descentralizadas. Y la rápida urbanización de muchos países de Asia, África y Latinoamérica se está produciendo a costa de reducir la población en pueblos y áreas rurales que todavía son perfectamente capaces de sostener la vida a un más alto nivel que el de los barrios de chabolas que rodean Calcuta o Lima o Stanleyville⁷. En efecto, se podría probar con claridad que la rápida y masiva urbanización tanto en las sociedades desarrolladas como de aquellas subdesarrolladas, es extremadamente anti-funcional, aunque muy pocos economistas se han tomado la molestia de hacerlo⁸. Tanto aquellos que dirigen con sus decisiones el curso de la historia, como los millones que constituyen su crédulo público han, simplemente, aceptado el urbanismo como algo inevitable, la clave para medir el desarrollo, guste o no. Han confundido un estilo de vida con una necesidad de vida. Esta es la razón por la que el urbanismo debe ser tratado, con el industrialismo, como una fuerza aparte y paralela en lo que llamamos modernización del mundo. La construcción de los grandes complejos que son las megalópolis no puede ser ya considerada como un derivado de la industrialización, sino como un imperativo en sí mismo, porque solo el escaparate urbano sirve para mostrar el modo de vida que exige la industria, sus productos y sus valores, con el máximo de visibilidad y su apabullante atracción. Es el escenario sobre el que hemos escogido representar el drama de nuestro tiempo. Es nuestro horizonte mental colectivo físicamente encarnado. Solo la súper-ciudad garantiza el máximo de artificialidad que es la incuestionada meta del progreso.

Ya en el mundo occidental y Japón millones de habitantes de las ciudades y las áreas suburbanas han crecido acostumbrados a una forma de vida casi herméticamente sellada e higienizada en la que muy poco de la experiencia es afectada alguna vez por fenómenos no-humanos. Para aquellos de nosotros, afectados por tal existencia, resulta casi imposible creer que haya todavía algo que esté fuera del alcance de la manipulación, dominación y mejora por el ser humano. Esta es la lección de vanidad que la ciudad nos imparte cada día y en cada momento. Porque en todos lados vemos, oímos, olemos la evidencia de la supremacía humana sobre la naturaleza, hasta en los mínimos ruidos, en los olores y en la irritación que producen los contaminantes que ensucian el aire del

⁶ Las estadísticas sobre la urbanización son las del profesor Kingsley Davis de Princeton. Citadas en Lord Ritchie Calder, “Polluting the Environment”, *The Center Magazine* (Center for the Study of Democratic Institutions – Santa Barbara, California), 1969.

⁷ **Hoy Kisangani, la tercera ciudad del Congo, con 1.602.144 h.

⁸ La obra de Environmental Group de la Universidad de California en Davis ofrece algunos ejemplos de juicios más escépticos sobre la economía urbana. Ver el artículo de Kenneth E. F. Watt, uno de sus miembros: “The Cost of Urbanization”, en *The Ecologist* (London), febrero 1972.

ambiente. Como Narciso, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten orgullosos al verse ellos mismos, sus productos, sus proyectos reflejados en todo lo que contemplan. Cuanto más artificial, más progreso; cuanto más progreso, más seguridad. Nos empeñamos en hacer avanzar nuestro imperialismo tecnológico contra el medio natural hasta llegar a un punto en que, para nuestras masas urbanas, resultan informaciones sorprendentes y no enteramente creíbles las que unos ansiosos ecologistas les dicen al asegurar que su supervivencia tiene algo que ver con el aire, el agua, el suelo, las plantas o los animales.

¿Acaso es extraño que, entre todas las premoniciones científicas de los expertos, sean las de los ecologistas las que les resulten más difíciles de aceptar? ¿Cuánto de su medio natural ven y usan sin modificar los habitantes de ciudad? Notablemente poco, comparado con la abrumadora cantidad que llega a ellos pre-empaquetado, arreglado, purificado, remodelado y, según los informes más fiables, *enriquecido*. Qué fácilmente olvidamos que detrás de la capa con que la técnica media en nuestras necesidades vitales, *hay* al final un mundo no hecho por nosotros y del cual tenemos que sacar nuestro sostenimiento. El aire acondicionado debe todavía contar con una atmósfera respirable; el abastecimiento de agua clorada, fluorada, conducida a través de tuberías, tiene que conectar con lagos y ríos de agua potable; las latas, tarros, cajas de cartón mostradas con esmero en el supermercado deben ser llenadas con frutos nutritivos de la tierra y con la carne comestible de sus animales.

Puedo recordar todavía el día en que mi hija se dio cuenta por primera vez de que la carne que comíamos en casa era carne de animales sacrificados. Tenía ocho años y medio, nacida y criada en la ciudad, y solamente aprendió la terrible verdad cuando visitó por primera vez una carnicería en Europa. Allí vio los inconfundibles cuerpos muertos de las reses, los cerdos, las ovejas, las aves, mostrados abiertamente. La relación se le hizo patente como una sacudida brutal; lo mismo que, también para mí, fue una sacudida darme cuenta de que ella no había conocido hasta ese momento un hecho tan básico de la vida. Pero ¿cómo lo hubiera podido saber? En América había conocido la carne solamente como algo que comprábamos en el supermercado congelado, cuidadosamente troceado, y envuelto en plástico; ni una pezuña, ni una garra o un pellejo sangrante a la vista. Aquellos trozos de comida salían de detrás de un habitáculo apartado del depósito donde la sangraza y las tripas quedaban ocultas a la vista. Ella sabía que la carne “venía de” los animales; pero pensaba que los animales *daban* carne del mismo modo que las vacas *daban* leche.

El incidente fue tan instructivo para mí como para mi hija. Me hizo vivamente consciente de cuan lejos podemos estar de los recursos de nuestra vida cotidiana. Con el resultado de que nos vamos haciendo irremediabilmente estúpidos acerca de nuestras relaciones con el medio natural. Vivimos fuera de la tierra y de los bosques, de los animales, de las plantas y de los minerales. Pero ¿qué sabemos de sus necesidades ecológicas o de la integridad de su ser? ¿Cómo podemos con esa ignorancia tomar decisiones responsables acerca de recursos que solo podemos reconocer y nombrar cuando llegan a nosotros al final de un largo proceso de transformación?

Pero incluso si siguiéramos las huellas de las cosas que necesitamos para nuestra vida hasta su aparente origen, nos encontraríamos al final con barreras infranqueables de artificialidad que ocultan su naturaleza básica tanto a los que las ofrecen y producen como a nosotros mismos (hasta tal punto estamos decididos a someter el ambiente natural). La agricultura es hoy, en su mayor parte, una especie de producción industrial masiva realizada al margen de la tierra que es apenas poco más que un absorbente de productos químicos. Cada vez más, el negocio está siendo acaparado por un conglomerado de compañías que claramente no tienen ningún amor o conocimiento de la actividad agrícola, sino que conciben la tierra y sus productos según cálculos estadísticos de beneficios y pérdidas en sus libros de contabilidad. Las mismas frutas y verduras han sido diseñadas previamente según las especificaciones comerciales de la industria que investiga la alimentación que dicta el color, la forma, el tamaño, el gusto y el aroma del último grano de uva o pera. Los investigadores saben que el producto natural va a ser rechazado por los ojos y el paladar de los consumidores que han aprendido de los libros, las hojas de propaganda y los productos enlatados qué apariencia y sabor *se supone* que dicho alimento debe tener. Nuestros huevos han sido bombeados fuera por una batería de gallinas sometidas a una cuidadosa dieta y que no han visto nunca la luz del día. Nuestra carne llega a nosotros de granjas-fábrica donde reses y cerdos inmovilizados, de rápido engorde, son alimentados a ritmo de cronómetro, y tranquilizados científicamente para mantener a raya la violenta ansiedad que produce el estar toda la vida encerrados. Estas bestias que comemos son casi un producto falsificado; ni siquiera les concedemos la dignidad de salir al aire libre una vez en su vida. Porque, después de todo, ¿qué nos importa a nosotros su dignidad? La carne es carne, ¿no es verdad?

El medio artificial no solo nos hace ciegos a los hechos más importantes de nuestra ecología, sino que llegamos a convencernos de que todo lo que agotamos o contaminamos puede ser sustituido por lo fabricado por el hombre. Los científicos pueden inventar vitaminas y drogas milagrosas, ¿no es cierto? Pueden hacer tejidos y materiales de construcción con elementos meramente químicos. Por tanto, con seguridad, si fuera necesario podrían hacer surgir luz solar, aire fresco, agua limpia, alimentos nutritivos, de sus tubos de ensayo... o, podrían descubrir medios para curarnos de los achaques que se seguirían de su ausencia. Acaso ¿no nos han prometido una genética programada y una inmortalidad quirúrgica por vía de trasplante de órganos vitales? “Nosotros no podemos duplicar la obra de Dios” nos dice un investigador de medicina citado en *Newsweek* (24 de abril, 1967), “pero estamos muy cerca”.

Lamentar la expansión del urbano-industrialismo es una de las más viejas y, al parecer, de las más inútiles preocupaciones de la crítica social. Desde Rousseau y los románticos la hostilidad al medio artificial ha corrido a través de nuestra cultura como un suave, lírico contrapunto a la creciente cacofonía de la máquina. Este libro, de hecho, tratará de asociarse de un modo crítico y positivo a esa gran causa perdida que ha hecho tan poco para impedir el imperativo tecnológico. Sin embargo ¿qué posibilidad de éxito puede la crítica romántica tener mientras se perciba espontáneamente que las ventajas —materiales y morales— de la creciente artificialidad superan los costes? Incluso valores imponderables tales como la creatividad, la dignidad, el heroísmo, han llegado a estar en la imaginación popular inseparablemente asociados a nuestro poder de dominar la naturaleza que

nos rodea y a la capacidad de rodearnos nosotros mismos con los productos de una tecnología avanzada. Hemos llegado a creer que el género humano no ha sido nunca tan esencialmente humano como cuando ha asumido el rol de *homo faber*. Fue con el invento de la máquina, nos dice Buckminster Fuller “cuando el ser humano... empezó, por vez primera, a usar realmente su intelecto del modo más importante”⁹. Y J. Bronowski hace eco a ese sentir: “es donde la mente humana se realizó más plenamente: en la ciudades que están en la cima de las conquistas técnicas de su tiempo. Allí es donde florecen los grandes hombres...”¹⁰

LA GRAN LÍNEA DIVISORIA

Pero, si parece una locura lamentar la expansión de la artificialidad en nuestro medio, el hecho que subyace a ese lamento es indiscutible, y sería estar ciegos no considerar su significación al menos como la mayor y más rápida transición cultural en toda la historia del género humano. Esta es la histórica gran línea divisoria, y, en cierto modo, en sentido completamente literal. En poco más de un siglo, millones de seres humanos en Europa y América —y su número crece cada día en todo el mundo— se han propuesto separarse, más completa e irremediabilmente que nunca antes en el pasado de la humanidad, del *cotinum* natural y de todo lo que tiene que enseñarnos sobre nuestra relación con lo no-humano.

Es demasiado fácil oscurecer esta verdad evidente invocando la descripción de los amplios espacios que permanecen —la espesura de las sierras, las soledades de los desiertos, las islas lejanas y las junglas impenetrables— para consolarse concluyendo que las ciudades nunca podrán invadir esos remotos rincones de la tierra. Pero eso es pura ilusión que los hechos ya desmienten, y que solo se sostiene por una falsa comprensión del modo cómo el urbano-industrialismo impone su dominio. Claro que es verdad que la expansión de la ciudad no podrá nunca devorar esas remotos lugares con sus fauces de cemento y acero, pero ese no es el único modo con que la súper-ciudad propaga su poder.

Antes del industrialismo, la mayor parte de las ciudades estaban aparte como modestos talleres o mercados cuyo carácter quedaba delimitado por sus propias murallas. Eran una opción más en el mundo, un modo de vida entre otras muchas

⁹ Buckminster Fuller, *Operating Manual for Spaceship Earth* Massachusetts Institute of Technology Press, 1969, p. 91. Uno no puede evitar ser ambivalente ante Fuller. Es en algunos aspectos un maravilloso inconformista con mucho del encanto de un yanqui de Connecticut. Pero carece de sensibilidad por las leyes de la vida y no me sorprendería algún día oírle anunciar que ha inventado un árbol mejor. Todas sus soluciones para los problemas sociales son trucos técnicos y se ha de ser muy naif (o impenitente tecnocrático) para tragarse tal prescripción.

** Richard Buckminster Fuller (1895-1983), diseñador, arquitecto e inventor. Fue un visionario estadounidense. Su preocupación fundamental fue la del futuro de la supervivencia del ser humano en el planeta y cómo asegurarla. Fue uno de los primeros activista medioambientales. Como arquitecto diseñador es famoso por el diseño de la cúpula geodésica.

¹⁰ J. Bronowski, *Science and Human Values*, p.113.

posibilidades. La súper-ciudad, sin embargo, o, más bien, el medio artificial tomado como un todo, alarga sus tentáculos de influencia hasta alcanzar miles de kilómetros más allá de los límites al que ya se extiende su creciente expansión. Absorbe en su tecnológico metabolismo todo el espacio, tierra adentro, y cualquier zona deshabitada; fuerza a las poblaciones rurales a marcharse de la tierra y las sustituye por enormes complejos agroindustriales; sus inversiones y sus técnicos avanzan poderosamente, cada vez más adentro y más allá, llevando el fragor de sus aplanadoras y torres de perforación hasta los lugares más desconocidos; tiende sus canales de transporte y comunicación a lo largo de los más solitarios parajes; vierte sus deshechos en cualquier río, lago u océano, o los transporta lejos a áreas desiertas. El mundo se convierte en un contenedor de sus basuras, incluyendo la misma inmensa bóveda de la atmósfera; y con toda seguridad, el espacio exterior y la luna serán incluidos, con el tiempo, en la lista para estas indecorosas funciones, probablemente el sitio donde amontonar residuos radioactivos transportados por cohetes.

En nuestro tiempo lagos enteros se están muriendo por los deshechos vertidos. Las, al parecer, aisladas razas de Laponia y Tierra del Fuego encuentran que su alimento está lleno de metilmercurio o radioactividad y deben acudir a las sociedades civilizadas para que les rescaten de su situación. El Centro de Investigación de las Ciencias de la Atmósfera de Scotia, Nueva York, informaba en 1969 de que no quedaba un soplo de aire incontaminado en ningún lugar del hemisferio de Norteamérica y predecía el uso generalizado de respiradores artificiales en toda América para dentro de dos décadas. Thor Heyerdahl¹¹, navegando en el Atlántico en la expedición del *RA II* en 1970, contaba que no había encontrado ninguna extensión de agua durante la travesía que estuviera limpia de petróleo. Jacques Piccard¹², explorando las profundidades marinas, advirtió a las Naciones Unidas en 1971 que los océanos del mundo serían pronto incapaces de sostener la vida acuática debido a los vertidos de plomo, la acumulación de petróleo y la contaminación de mercurio, con el mar Báltico, el Adriático y el Mediterráneo ya demasiado deteriorados para ser salvados.

Pero éstas, por ahora bien conocidas formas de polución, no son las únicas fuerzas con que el medio artificial desnaturaliza al resto del planeta para mantener su estilo de vida. Un solo oleoducto a través de la tundra salvaje de Alaska basta para subordinar su entera ecología (ruinosamente) a las necesidades del urbano-industrialismo. Una sola súper-autopista construida desde São Paulo hasta Brasilia

¹¹ **Thor Heyerdahl (1914-2002), explorador y biólogo marino sueco. Conocido por sus viajes de exploración a través de los océanos. El primero (1947), la expedición *Kon-Tiki*, en una balsa construida con materiales autóctonos de Perú con la que cruzó el Pacífico (8.000 kms) hasta la Polinesia con seis tripulantes, para demostrar que la población de esas islas pudo haber venido del continente americano; la que menciona el autor, con el bote *Ra II* (1970), construido con el antropólogo mejicano Santiago Genovés, partió de Marruecos para demostrar que los antiguos egipcios pudieron atravesar el Atlántico.

¹² **Jacques Piccard (1922-2008), ingeniero, oceanógrafo y explorador suizo. En el batiscafo *Trieste* diseñado por su padre, descendió en 1960 con Donald Walsh de la marina de EU, a una profundidad de 10.911 m., en la fosa atlántica de las Marianas, el abismo Challenger, alcanzando el lecho del océano.

priva de su autonomía a una entera selva tropical. Actualmente la tierra que bordea la autopista Trans-Amazónica ha sido reservada para el desarrollo comercial y urbanístico; los animales salvajes han sido matados o echados fuera y los nativos han sido forzados a acomodarse a la política oficial con métodos que incluyen el uso estratégico de enfermedades infecciosas¹³. El hecho es que quedan pocas tierras salvajes en el planeta cuyos recursos no hayan sido incluidos en la agenda de la industria de alguien o en sus propiedades y, menos aún, que no hayan sido ya atravesadas y conectadas con las necesidades de las ciudades por medio de tuberías y cables, o, cruzadas por la red de rutas aéreas.

Y, además, está el turismo que parte de las ciudades de las sociedades prósperas como un incesante ataque de langostas. Lo que la polución industrial y el desarrollo por el momento perdona, el turismo —ahora la industria más grande y que mueve más dinero del mundo— lo reclama para su omnívoro apetito. Hay pocos gobiernos que tengan la capacidad de resistencia y el respeto por sí mismos suficientes para rechazar la brutal presión y no conviertan su tierra y sus costumbres populares en un fraude comercial para opulentos forasteros que se jactan ellos mismos de “estar viendo el mundo”¹⁴. Todo lo que los trotamundos ven realmente (o quieren ver), por supuesto, es un poco de banalidad étnica comercializada y alguna simulada vida salvaje. Justo al mismo tiempo en que el mundo se convierte en el vertedero de basura de las sociedades urbano-industriales, se convierte también en su parque de atracciones. Y ¿cuántos hay ahora, incluso entre mis lectores, ahorrando pacientemente para veranos de safari en Kenya o giras excitantes por el “Oriente encantado”, sin tener idea de cuán destructivo entretenimiento están planificando, aunque, por supuesto, a precios de saldo?

Los restos del mundo natural que sobreviven en la experiencia de las poblaciones urbano-industriales —como los parques naturales a los que, para verlos, hemos de conducir kilómetros, únicamente para encontrarlos repletos de automóviles, latas de cerveza, y radio-transistores— se están convirtiendo rápidamente solo en otro orden diferente de artificialidad: islas de una naturaleza salvaje cuidadosamente preparada y mostrada a la vista de los vacacionistas, alardeando de tener todas las comodidades y amabilidades de la vida, como una zona suburbana. Es difícil imaginar que dentro de pocas generaciones pueda quedar en el globo una sola área de naturaleza salvaje que esté a más de treinta minutos en helicóptero, de un aparato de televisión, de un hotel de lujo con aire acondicionado, y de una máquina de Coca-Cola. Para entonces, las más remotas regiones bien pudieran estar reservadas para exóticas excursiones cuyos precios incluirían la oportunidad de disparar a un tigre o de arponear a una ballena en recuerdo de una arriesgada aventura vacacional. Los nativos serán traídos en avión desde el *casting* central y

¹³ Sobre el exterminio de los indios de Brasil nada menos que por el oficial Servicio de Protección de los Indios, ver el informe de Norman Lewis en *Sunday Time Magazine* (London), 23 de febrero, 1969. La información está disponible en Survival International (36, Craven Street, London W.C.2), que es una buena fuente sobre la situación de los pueblos primitivos del mundo.

¹⁴ El mundo puede, con seguridad, servirse del penoso y crítico ejemplo de la ética y economía del negocio del turismo. Es uno de los grandes males en el que millones de gente inocente y bien intencionada ha resultado implicada y una de las más destructivas formas de polución. Muchos países del tercer mundo están ahora gastando más dinero en financiar carreteras, hoteles, comodidades vacacionales para el turismo que para el comercio.

el color local estará bajo la dirección de Producciones Walt Disney. Los visitantes —no conociendo otra cosa— pensarán que con esta charada están “saliendo a la naturaleza”. Pero en realidad, solo será un aspecto más, y bien significativo, de la expansión urbano-industrial.

Lo que tenemos con esto es un ejercicio de arrogancia que rompe con el pasado de la humanidad tan dramática y violentamente como nuestros astronautas en sus cohetes espaciales rompen con la atracción gravitacional de la tierra. Y el destino al que nos dirigimos aparece ya claramente en la imagen del astronauta. En él tenemos a un hombre encapsulado y en un medio fabricado *en su totalidad* por el ser humano, totalmente sellado, que sobrevive con seguridad en un vientre de plástico que no deja nada al acaso o a ningún proceso natural. Nada “irracional” —entendiendo por tal, nada que el ser humano no haya hecho o haya consentido— puede introducirse en la vida espacial del astronauta. Él interactúa con el mundo fuera de su epidermis metálica solo por medio de un equipo electrónico; incluso sus deshechos son almacenados dentro de su propia y autónoma envoltura metálica. Y, en cuanto al mismo astronauta, se trata casi invariablemente de un militar. Qué significativo resulta que tanto de nuestro futuro, ya sea como aparece en la ciencia ficción, o, como se va mostrando en los hechos científicos, esté dominado por soldados, la más mecanizada y psíquicamente más controlada raza de seres humanos: hombres programados y bajo control, tanto desde dentro como desde fuera. ¿Puede alguno de nosotros siquiera imaginar un futuro para la sociedad urbano-industrial en el cual los héroes y los líderes —aquellos que exploran las estrellas y manejan las crisis— no sean de esa raza de técnicos guerreros?

¿Qué queda aun de ser humano en nuestros militarizados programas espaciales sino un pequeño núcleo de complejidad neuronal todavía no simulable por medios electrónicos, al servicio del gran proyecto técnico en cuestión, integrado totalmente en el aparato que lo rodea? De este modo —protegido y aislado dentro de un homeostático espacio vital prefabricado, y disciplinado con respecto a las demandas de los mecanismos que lo sostienen— el astronauta es la perfección del medio artificial. He ahí un ser humano que puede viajar a cualquier sitio y decir: “No soy parte de este o de aquel lugar. Soy autónomo. Construyo mi mundo según mi propia imagen”. Está empaquetado para ser exportado a cualquier parte del universo. Pero al final, todos los lugares terminan siendo el mismo lugar: reluciente, antiséptico, electrónico, construido por el ser humano, reproducido al infinito. Ambiciosos “planificadores del mundo” como los estudiosos de Buckminster Fuller, ya anticipan un sistema global de cúpulas geodésicas transportables que proveerán a cada región de la tierra de un medio estandarizado. Algo de ese mundo ya es realidad entre nosotros en la arquitectura de edificios de cajas de cristal de los aeropuertos de nuestra era de reactores y de altos edificios de apartamentos. Se puede atravesar media tierra pasando de uno a otro de tales edificios, y descubrir que se está en una estructura que no se distingue de la que se ha dejado. Incluso la música grabada es la misma.

Estas son evoluciones trascendentales. La imagen del hombre astronauta —y no es otra cosa que la quintaesencia del fin que persigue la sociedad urbano-industrial: un medio totalmente controlado, totalmente artificial—, equivale a una revolución espiritual. Este es el ser humano como nunca antes vivió; esto traza una línea en el

curso de la historia de la humanidad que asume la dimensión de un cambio de rumbo evolutivo. Así fue identificado por Teilhard de Chardin¹⁵ que nos ha dado el concepto de “noosfera”, un nivel de existencia que ha de ser dominado permanentemente por la inteligencia y la planificación humanas y a la que nuestra especie debe adaptarse ahora si es que ha de cumplir su destino. Así también Victor Ferkiss ha descrito al ser humano tecnológico como una creatura al punto de una “ruptura evolutiva”. La tecnología, al darle “casi un poder infinito para cambiar su mundo y cambiar él mismo”, ha llevado al ser humano a la que Ferkiss llama “una revolución existencial” cuyo espíritu está sintetizado en las palabras de Emmanuel Mesthene.

Nosotros tenemos ya, o sabemos como adquirir, la capacidad técnica de hacer casi cualquier cosa que queramos. ¿No podemos trasplantar corazones, controlar la personalidad, ordenar el tiempo que nos conviene, viajar a Marte o a Venus? Por supuesto que sí, si no ahora o dentro de cinco o diez años, ciertamente dentro de 25, o 50 o de 100.¹⁶

Los trágicos griegos se hubieran referido a tales declaraciones como a *hybris*: el arrogante orgullo de los condenados por el destino. Y siguen siendo *hybris*: pero pierden su hiriente fuerza moral en la medida en que se convierten en un cliché periodístico. Además, no tenemos un analista con la sensibilidad de Sófocles que nos haga un cálculo de la relación coste-beneficios de las implicaciones espirituales que conllevan. La sensibilidad que acompaña a la omnipotencia tecnológica carece de dimensión trágica; no toma en serio la terrible posibilidad de que la sociedad al manejar tal desordenado poder pueda desatar la reacción de fuerzas, bien dentro de la psique humana, bien dentro del medio natural, que no le vayan a permitir sobrevivir los cincuenta o cien años que necesita para explotar su capacidades.

LA UNIFICACIÓN TECNOLÓGICA: SU USO Y ABUSO

El aspecto más celebrado, con mucho, de la expansión urbano-industrial es la unificación tecnológica mundial que ésta ha traído consigo. El aislamiento físico de las culturas ha sido abolido y todos los pueblos de cualquier lugar han sido impelidos a compartir un mismo destino. Ninguna época antes de la nuestra ha poseído tal riqueza de materiales con los que dibujar el auto-retrato de la raza humana. No es que necesitáramos los medios de transporte y comunicación

¹⁵ **Pierre Teilhard de Chardin, (1881-1955), jesuita francés, paleontólogo y filósofo. Es conocido por su original concepción de la evolución, considerada ortogenista y finalista, esto es que tiene una dirección y un fin. A él le debemos los conceptos de “noosfera” (elaboración del mismo concepto de ruso Vladimir Vernadski) como tercer estadio de la evolución (el primero sería la “geosfera”, y el segundo, la “biosfera”), el estadio de la conciencia universal; y el “punto omega” como el punto más alto de la evolución de la conciencia y que, existe antes del universo, porque es como el punto al que se dirige.

¹⁶ Emmanuel Mesthene, citado por Victor Ferkiss, *Technological Man*, New York, Braziller, 1969, p. 20. El profesor Mesthene fue el director del Harvard University Programme of Technology and Society. Ver su libro *Technology and Social Change*, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1969, para un informe sobre las actividades del programa.

modernos para que nos inspiraran la visión de la universalidad humana. La idea de la común condición del género humano y la energía ética que demanda (¿hay que recordarlo?) han existido antes de nosotros como un ideal, al menos desde la época de Buda y de los profetas rapsódicos. Lo que la tecnología nos ha aportado son mejores medios para compartir experiencias y, bajo la amenaza de la aniquilación termonuclear, la necesidad del cuidado universal. Nos ha aportado el instrumental que nos capacita y la crisis que nos obliga a convertir la antigua visión en un proyecto histórico.

Pero en el proceso mismo de llevar a cabo esa nueva unidad del mundo, nosotros —y por “nosotros” entiendo aquí en particular las clases medias occidentales blancas— hemos sufrido una gran distorsión de nuestras sensibilidades. Es como si al hacer acopio de la mera energía física que la unificación tecnológica requiere de nosotros, hubiéramos quemado nuestra más profunda conciencia de la oportunidad y la responsabilidad que es únicamente nuestra.

Nuestra tecnología debe ser el medio para un intercambio cultural universal y nosotros, que “descubrimos” al resto del mundo, deberíamos ser los más entusiastas en compartir, aprender e integrar. Pero en vez de ser así, desde el principio, hemos malinterpretado la invención y la posesión de ese medio como el signo evidente de nuestra superioridad cultural, y hemos hecho de la tecnología misma (y la ciencia sobre la que se basa) una cultura por derecho propio: la *única cultura* destinada a ser uniformemente imitada y en todas partes impuesta. Nuestra tecnología, que arrastra consigo todo el prestigio que la hegemonía occidental le presta, no comunica nada más eficazmente que a sí misma: los valores e ideologías que la acompañan, su obsesión por el poder del conocimiento, sobre todo, la subdesarrollada visión del mundo de la que se deriva. Aunque algunos pueden celebrar tales ironías ¿qué sucede, sino la muerte del diálogo, cuando el medio bloquea todo mensaje y se afirma solo a sí mismo? En las naciones comunistas de Europa y Asia, solo durante este siglo, hemos visto a más de un tercio de la raza humana hacer añicos la totalidad de sus mejores tradiciones en orden a adoptar la ideología marxista-leninista del desarrollo que no es sino una cómica caricatura del cientifismo burgués decimonónico.

Han sido los menos —los artistas, los filósofos, los intelectuales— los que han estado a la altura de los tiempos y han usado la unificación tecnológica como un verdadero foro donde las culturas del pasado y del presente se puedan encontrar en plan de igualdad y en el mutuo respeto. Y quizá, la gente joven que se ve ahora con la mochila a las espaldas, haciendo camino a través del planeta, es la que ha intentado entrar en el mundo con más autenticidad que las legiones de turistas que saltan de un paraíso vacacional a otro. Pero en este punto las corrientes de cambio no van en la dirección del diálogo y del compartir. Las unidades internacionales que verdaderamente importan continúan siendo las del comercio, la guerra, la técnica: las unidades de poder. El mundo está siendo atado por las sociedades opulentas con hábiles redes de inversiones, alianzas militares y comercio que, por sí mismas, solo pueden terminar por propagar por toda la tierra la opresiva uniformidad urbano-industrial.

Con todo, no faltan los “progresistas” generadores de opinión que aceptan esta uniformidad como la más alta expresión de una cultura mundial. Confunden la

homogeneizada arquitectura de los aeropuertos, hoteles y centros de conferencias —que es lo más que muchos intelectuales de la jet-set alcanzan a ver del mundo— por un auténtico compartir y una síntesis de sensibilidades; esto, o bien identifican como una estupenda multiplicación de “opciones” el lustroso eclecticismo ahora disponible para los educados y “urbanizados”. Pero mientras las poblaciones urbano-industriales tienen a su disposición la variada oferta de los bienes culturales del mundo, en sus teatros, canales de televisión, cines, galerías de arte, restaurantes, supermercados, librerías y kioscos de prensa, el urbano-industrialismo se expande agresivamente hasta cubrir el globo, echando fuera cualquier alternativa que no acceda a reducirse, ella misma, a la condición de pieza de museo. Así, mientras la sociedad urbano-industrial engorda intelectualmente en un bufé de chucherías culturales, el mundo en su conjunto se achata bajo el peso de su apetito y se hace progresivamente más pobre de una variedad *realmente vivida*. Herman Kahn otea el futuro y ve una “sociedad mosaico” que contiene una gran cantidad de compartimentos y enclaves de gustos y costumbres minoritarios¹⁷. Así también Alvin Toffler ve nuestra sociedad como una sociedad que goza de “una explosiva expansión de la libertad”, “una especie de variopinta manta trapera de efímeros estilos de vida”¹⁸. Sí, pero ambos, el mosaico y la manta trapera tienen un dibujo, y, el dibujo es el de un monopolio mundial urbano-industrial.

Dentro de ese monopolio cultural y en sus mismos términos, podemos encontrar una variedad de modas nostálgicas y excéntricas novedades, *hobbies* y entretenimientos; pero nada de real y permanente. Y fuera del monopolio, nada, nada, nada absolutamente. Dentro de una o dos generaciones no quedará ninguna sociedad primitiva o tribal en ningún lugar de la tierra, y no todas dejarán su tradicional modo de vida porque libremente lo hayan elegido. Dentro de tres generaciones, ninguna vida rural autónoma. Dentro de cuatro generaciones no habrá vida ni naturaleza salvaje ni en la tierra ni en el mar fuera de las áreas protegidas o zoos. Hoy día hay pocas sociedades donde la política oficial trabaje para preservar la naturaleza salvaje y las antiguas formas de vida como serias alternativas al modelo urbano-industrial; a lo sumo, éstas están siendo momificadas y maquilladas como atracciones turísticas. Por supuesto que hay quienes consideran que la falsificación a la que tienen acceso es superior, con mucho, a cualquier realidad a la que deban molestarse para acercarse y conocerla. Después de todo, toda la fuerza del urbano-industrialismo sobre nuestros gustos se ejerce para convencernos de que la artificialidad es, no solamente inevitable, sino mejor; quizá finalmente para hacer desaparecer enteramente de nuestra conciencia lo real y lo original. Fue acerca de esos gustos corrompidos que Hans Christian Andersen escribió su historia del ruiseñor, una de las supremas parábolas de nuestro tiempo. ¿Cuántos hay todavía que la lean y la entiendan?

¹⁷ **Herman Kahn (1922-1983), estratega militar y teórico de sistemas de EE.UU. Estudió las posibles consecuencias de la guerra nuclear y desarrolló la *prospectiva*, metodología que estudia las diversas opciones de futuro a partir de la construcción de escenarios posibles.

¹⁸ Alvin Toffler, *Future Shock*, New York, Random House, 1970, pp. 266-67. El libro es una rápida travesía por la lustrosa superficie del entorno artificial que acaba con una fácil aprobación del urbano-industrialismo.

**Alvin Toffler (1928-2016), escritor y futurista estadounidense. Conocido por sus discusiones sobre la revolución digital y de las comunicaciones y la singularidad tecnológica.

Tal cual están ahora las cosas, estamos en disposición de tener un medio artificial a escala mundial, mucho antes de que una auténtica cultura mundial o una comunidad ética del género humano tenga la oportunidad de llegar a ser algo más que una aspiración fallida de algunas mentes sensibles e inquietas. La *unidad* de la humanidad quiere decir propiamente comunión de visiones e intereses y, de ahí, una nueva integración de la conciencia. Y en vez de eso, nos hemos contentado con un medio artificial controlado por el degradado liderazgo de las élites tecnocráticas sobre las que vamos a debatir en los capítulos que siguen. Hemos comenzado con una mera igualdad material y una integración física, y ahora usamos ese medio como el lecho de Procusto¹⁹, a cuya medida todos los valores y sensibilidades deben ser ajustados.

Y cuán rápidamente está sucediendo. La *Coca-colonización* del mundo en poco más de un siglo, los emblemas e imperativos del urbano-industrialismo llevados a cada uno de los rincones más remotos del mundo... ¿Cómo puede cada uno estar tan convencido de tanto?

¿Es la alternativa al dominio urbano-industrial, una especie de fanatismo anti-tecnológico y anti-urbano? Pienso que no, y, como nacido y criado urbanita que anhela la vida de la ciudad, yo difícilmente sería la persona indicada para reivindicar tan extrema postura. El hecho es que, mucho de mi resistencia al medio artificial, proviene del dañino efecto que éste tiene sobre las cualidades que yo valoro en una auténtica vida de ciudad. La megalópolis es tan destructiva de la ciudad como de la naturaleza salvaje o de la sociedad rural; un punto éste sobre el que volveremos en el capítulo 12, en el que espero sugerir un lugar para la ciudad y la máquina más modesto y más al servicio de la vida.

DISNEYLANDIA ES MEJOR

Hasta un determinado momento dentro de las últimas pasadas generaciones, la actitud prevalente de la sociedad occidental con respecto a la naturaleza salvaje, fue la de una desconfianza beligerante cuyo fundamento era el temor. El rostro de la naturaleza era el rostro del lobo y del tigre, de las plagas y la hambruna, de las barreras insuperables y de los impenetrables misterios. La naturaleza era Goliat, opresora y enemiga, contra la que no teníamos otra arma mejor que la honda de nuestra astucia simiesca. Estábamos en inferioridad de condiciones.

Pero luego, muy rápidamente, la guerra contra la naturaleza llegó a su fin para millones de gentes en la era urbano-industrial; se había acabado y, decididamente, se había ganado. El punto de inflexión no estuvo determinado por ningún acontecimiento en particular, sino por la estupenda acumulación de descubrimientos y las nuevas posibilidades técnicas que siguieron al advenimiento de la energía atómica. Es cierto que los periodistas pueden todavía hablar del

¹⁹ **Procusto es un personaje de la mitología griega, un bandido que tenía una posada en el Ática y que a sus huéspedes los hacía acostar en un lecho, si eran más largos y sobresalían del lecho le amputaba las partes que sobresalían, y si eran más cortos, los descoyuntaba hasta que se ajustaran a la media. Teseo finalmente le dio muerte.

espacio exterior como de un territorio hostil que necesita ser “conquistado”; algunas enfermedades recalcitrantes aún resisten contra nosotros; de vez en cuando sufrimos algún que otro desastre natural. Pero ¿quién (fuera de algunos combativos ecologistas) duda de que también esos obstáculos resistentes a la dominación humana serán con el tiempo puestos bajo control? Y, mientras tanto, sabemos cómo hacer buenos los males, reconstruir para nuestro provecho y seguir adelante hasta alcanzar mayores cotas. Claramente, el viejo adversario ha perdido los dientes. En el baluarte de nuestro medio artificial ¿qué hemos de temer aún del mundo no-humano? Todas las montañas han sido escaladas, todas las profundidades marinas, exploradas. El curso de los grandes ríos y el comportamiento de nuestros genes pueden ser ahora rediseñados según nuestras especificaciones.

Así, que la naturaleza —o, al menos, lo que la mayor parte de nosotros todavía sabemos de ella a través de la mediación de la manipulación técnica y de la autoridad científica—, ya no conserva el aspecto de un serio oponente. Por el contrario, ha llegado a parecer, en su humillación, más bien patética y (una vez que adivinamos sus mecanismos engañosos) altamente incompetente, necesitada de ayuda y de mejora. Parece que no haya nada de lo que ella nos ponga delante que no podamos dismantelar si nos proponemos hacerlo; que nada haya que ella haga, para lo que nosotros no podamos encontrar el modo de hacerlo más grande, mejor, más rápido. Incluso su grandeza sobrevive solo por nuestra tolerancia. No hace mucho, había algunos en el Pentágono que hablaban seriamente de usar la luna como diana de prueba para misiles, quizá para hacer saltar algunos pedazos considerables de roca. ¡Qué exhibición de arrojo militar hubiera sido!

Esta es la terrible novedad que el medio artificial ha introducido en el panorama mental de nuestro tiempo: que el mundo no-humano habría de convertirse para nosotros en objeto de tal despreocupado desprecio. Como si nuestra vista, encerrada dentro de estos límites de cristal y cemento ya no pudiera mirar hacia atrás y hacia delante y discernir el contexto de nuestro ser. Por supuesto que es lo más natural que la gente, como todo ser viviente, deba luchar para hacerse un lugar vivible en el mundo. ¿Quién puede imaginar otra cosa? Pero la actitud de espíritu con la que emprendemos ese proyecto, *esa actitud* constituye la diferencia.

Una anécdota personal: un signo de los tiempos. Hace algunos años, en una gira a través del país, mi familia y yo fuimos lo bastante insensatos como para visitar el Parque Natural de Yellowstone durante las aglomeraciones del verano. Pensábamos que estaría atestado de gente pero, difícilmente —como resultó ser— más congestionado que el centro de San Francisco. El tráfico, en los casi 65 km que conducen al parque, y durante todo el trayecto, estaba completamente cerrado parachoque con parachoque. No se podía encontrar un centímetro de soledad ni la mínima privacidad en ningún lugar durante los dos días que permanecemos allí antes de abandonar y marcharnos. Ni una vez estuvimos fuera del radio de escucha de multitudes que charlaban y de radio-transistores o fuera del alcance del olor de los gases de escape de los automóviles. Pasamos la mayor parte del día esperando en la cola para comprar comida y alcanzar agua. Y por la noche, el ir y venir del tráfico y la gente hacía el sueño casi imposible. ¡Ah, naturaleza salvaje!

Todo esto fue lo suficientemente desagradable como para convencerme de que, si algo de verdadero respeto por la naturaleza salvaje sobrevivía en mí, mi deber en adelante era mantenerme alejado de ella y ahorrarle mi contribución a tal profanación. Pero lo peor vino el día en que decidimos visitar el Old Faithful. En el lugar descubrimos lo que pudiera haber sido un estadio de fútbol en miniatura: un gran círculo de gradas repletas de espectadores devorando perritos calientes y empinando bebidas refrescantes mientras, entre ellos, pasaban los vendedores ambulantes ofreciendo recuerdos.

El foco de la atracción era el geiser que, como todo el mundo sabe, brota puntualmente una vez cada hora. Para probar el hecho, habían puesto un gran reloj en las cercanías con una señal indicando cuándo exactamente iba a ocurrir la próxima erupción. Alrededor del área estaban colocados unos altavoces y, a través de ellos, un guía del parque mantenía un continuo monólogo dando toda clase de minuciosas estadísticas acerca de la geología y las actuaciones del geiser, como para certificar su status de verdadera maravilla de la naturaleza. Pero la mayor parte de lo que decía se ahogaba en el fragor de la multitud.

A nuestro lado, en el asiento de la grada que ocupábamos, había una familia de cinco miembros, el padre y los tres hijos equipados con vistosas y costosas cámaras fotográficas. Estaban extremadamente impacientes para que comenzara el espectáculo. Todos estaban tragando Coca-Cola y controlando, algo escépticos, el tiempo del geiser en sus relojes de pulsera. Finalmente llegó el gran momento. El guía hizo una sonora llamada de atención, la multitud calló momentáneamente y el Old Faithful hizo su aparición en el tiempo previsto. A pesar del ambiente carnavalesco, fue un fenómeno impresionante de ver. Hubo incluso algunos aplausos y bravos cuando el agua brotó con fuerza en varios chorros ascendentes.

Pero muchos de los espectadores, como el padre y los tres hijos a mi lado, estaban demasiado preocupados por no perderse la visión del espectáculo. Por lo que, apenas el geiser empezó a resoplar, sus ojos desaparecieron detrás de las cámaras como si, sin lugar a dudas, la mejor manera de tener esa experiencia fuera a través de unas lentes y en un film. Los chicos, ansiosos de coger al Old Faithful en su zenit, no dejaban de preguntar al padre durante la erupción: “¿Ahora, papá? ¿Ahora?.” Pero el padre, al parecer esperando que el geiser alcanzara el cielo, los contenía: “No, no todavía... esperen hasta que llegue realmente hasta arriba.”

Pero Old Faithful solo llegó hasta allí, y entonces terminó el espectáculo. Antes de que aquella familia de fotógrafos disparara sus cámaras, la verdadera maravilla de la naturaleza se volvió borboteando debajo de la tierra. El rostro del padre emergió de detrás de la cámara, frunciendo el seño con incredulidad: “¿Es esto todo?”, preguntó, con el tono desafiante del que sabe que le han engañado en el precio. “Yo pensaba que iba a alcanzar más alto”, dijo su mujer. Los niños no estaban menos contrariados por la decepción. Mientras se levantaban para marcharse, uno de los chicos señaló amargamente: “Disneyland es mejor”. Y toda la familia le dio la razón.

